

Religión y tradición. El liderazgo comunitario. El caso de Pepe Egea Esparza (1922-2009) *

Manuel SÁNCHEZ MARTÍNEZ
*Etnógrafo ***

Resumen: Tratamos el caso de un personaje que, aunque de modestos orígenes, resulta clave para comprender las dinámicas sociales de la tradición en una pequeña localidad, puesto que actuó de líder natural de sus vecinos en ciertos aspectos de la vida comunitaria. Mediante sus acciones se pueden explicar algunas de las transformaciones que ocurrieron en el pasado y que conducen a nuestro presente.

Palabras clave: Folclore musical; cuadrillas; cultura tradicional; El Mingrano; Las Palas; Fuente Álamo de Murcia.

**Religion and Tradition. The Community Leadership.
The case of Pepe Egea Esparza (1922-2009)**

Abstract: We deal with the case of a character that, although from a modest background, is key to understanding the social dynamics of tradition in a small town, as he acted as a natural leader of his neighbours in certain aspects of community life. Through his actions some of the changes that occurred in the past and that lead to our present can be understood.

Key words: Musical folklore; musical groups; traditional culture; El Mingrano; Las Palas; Fuente Álamo de Murcia.

* III Congreso Etnográfico Nacional del Campo de Cartagena dedicado a la «Religiosidad Popular en el Campo de Cartagena. El monasterio de San Ginés de la Jara». Cartagena, 24, 25 y 26 de octubre de 2012.

** Email: manolosanchez@hotmail.com.

La cultura no estorba nunca. Todo lo que sabes y todo lo que acumulas, lo tienes ahí. Y puedes dejar algo de eso. Y eso que tú puedes dejar de cultura, eso no se pierde.

Pepe Egea

No es la primera vez que dedicamos nuestra atención etnográfica a las acciones de un personaje concreto. A veces, distinguir una trayectoria particular nos descubre un sujeto con capacidad de liderazgo, o de innovación, o una personalidad singular que destaca por su iniciativa puesta al servicio de la comunidad, como es el caso que nos ocupa. Se trata de personas que son decisivas para cambiar o reafirmar las tendencias que marcan decididamente algunos aspectos de la vida social.

En la presente ocasión, además, el investigador rebasa un tanto los límites de la objetividad para rendir tributo a un amigo y maestro de la vida, al que conoció y admiró durante más de veinte años.

Nuestro personaje, José Egea Esparza, conocido por todos sus familiares, convecinos y amigos como Pepe Egea, nació el 12 de febrero de 1922 en el caserío diseminado de El Mingrano, en la pedanía de Las Palas, lugar habitado entonces por apenas noventa vecinos que pertenece al municipio de Fuente-Álamo de Murcia y que se sitúa al sur del mismo, lindante con el de Mazarrón, término en el cual se adentra una parte de la pedanía.¹

Este hecho fortuito es de notoria importancia en la educación de Pepe Egea, ya que El Mingrano, aunque en la comarca de los campos de Cartagena y Mazarrón, era en realidad una zona de caracteres casi serranos, algo alejada de las rutas de comunicación, y que contaba con accesos rodados deficientes; unos medios de subsistencia bastante pobres, dependientes de la agricultura y la ganadería; y una población mayoritariamente analfabeta (la primera escuela local se creó en 1929). Por ello, y según lo observado en lugares similares, donde el aislamiento ralentiza los cambios culturales, era un ámbito proclive a la preservación de las añejas costumbres. No es casualidad, pues, que según el propio testimonio de Pepe Egea hablando de su juventud, algunas tradiciones, como ciertos rituales festivos, religiosos y de otro tipo se hubieran mantenido vivas, con mayor número de detalles y «sabor antiguo» que en otras localidades, como la cercana Las Palas, por ejemplo. Estamos hablando de fórmulas clásicas de los

¹ Fuentes orales: entrevistas con Pepe Egea Esparza el 08-11-1992; 20-03-1993 y 11-05-2006, con Crispulo Arroyo Pérez el 03-10-2012 y otros contactos informales con vecinos de Las Palas. Agradecemos las sugerencias de estilo de Enrique Pravia Serrano.

rituales animeros, como bailes sueltos, bailes de puja o de inocentes, recorridos peticorios de Pascua (o carreras de Ánimas), pero también de antiguas prácticas consuetudinarias de distinto calado y de ciertos usos sociales cooperativos.

En este ambiente, apegado a la tradición y con un fuerte peso de la religión, se forjó como persona nuestro individuo. Sin embargo, esto no impidió que Pepe Egea tuviera una capacidad crítica para con la misma tradición y, como veremos en algún caso, se atreviera a ejercer su autoridad moral para modificarla, buscando la mejora social.

Desde su juventud, como la mayoría de sus convecinos, Pepe Egea trabajó en la tierra, casi siempre como jornalero o llevando pequeños terrenos ajenos como mediero. Entre los muchos oficios que ejerció, se dedicó a la recolecta de hojas de palmitos, muy abundantes por la zona y que servían para confeccionar escobas. En aquellos primeros años, y entre otras habilidades adquiridas de manera autodidacta, también aprendió a confeccionar toda clase de útiles de esparto simplemente fijándose en cómo lo hacían otros, o deshaciendo labores anteriores para precisar su hechura. Dada su escasa formación escolar, esa preocupación por aprender de forma autodidacta fue una de las principales características de Pepe Egea durante su vida.

Asimismo fue heredero, por vía natural, del mundo de la cultura oral, lo que le presentaba, a priori, unas limitaciones lógicas en el aprendizaje. No obstante, su madre, analfabeta, puso especial interés en que Pepe y sus hermanos adquirieran algo de cultura, si bien él tan sólo cursó estudios primarios en la escuela de su caserío, ya que pronto tuvo que ayudar a su padre en las labores de la tierra. Pese a ello, cuando apenas contaba con 12 años, su maestro en El Mingrano estuvo haciendo gestiones para conseguir que pudiera estudiar, una vez que vio su buena disposición para ello, incluso con la petición de una beca, pero la prematura muerte de ese maestro y la llegada de la Guerra Civil truncaron esas expectativas. A pesar de todo, algunos años después, tuvo la voluntad de acudir a clases nocturnas para adultos, y luego completó algo su educación en el servicio militar, donde cursaba cualquier clase de estudios que sirvieran para promocionar en la escala castrense. Por lo tanto, la cultura ilustrada que adquirió le venía, más que de maestros, de su empeño por aprender, de la sed de conocimiento que le empujaba a leer cuanto caía en sus manos para intentar instruirse, lo que le proporcionó, pese a los condicionantes, un conocimiento que cualquier interlocutor apreciaba en cuanto entablaba conversación con él.

Así, su verdadera vocación fue, según nos indicaba, la de adquirir cultura con los medios a su alcance, con mucho afán de saber, y teniendo la modestia de aprender de todos, incluso, humildemente, de aquellos que aparentemente sabían menos que él, y así manifestaba: «¿qué pobre hombre, aunque sea un pobre analfabeto, no dice algo que te interesa, o que no habías oído antes?». Además, Pepe

Egea tenía a gala el poner voluntad suficiente en aprender y hacer bien las cosas de las que se encargaba, y no simplemente hacerlas por hacerlas, sin depositar suficiente interés en ello.

Por su época y contexto cultural, Pepe era, aun con las limitaciones que hemos mencionado, heredero del esfuerzo educativo que efectuó la República en el mundo rural, el cual se encontraba entonces en unas difíciles condiciones económicas, sociales y educativas, circunstancias que él mismo se encargaba de enfatizar.

Su interés por instruirse lo hizo destacar entre los demás, de tal manera que, a los catorce años, y recién comenzada la Guerra Civil, los mayores de El Mingrano lo mandaban llamar para que acudiera al casino de Las Palas y les leyera el periódico con los partes de guerra a los viejos que allí se encontraban, analfabetos en su mayoría. Esa afición y práctica temprana por expresarse a viva voz le ayudaron el resto de su vida a saber hablar y leer en público con una soltura no común entre sus vecinos, lo que le erigió en líder natural para un auditorio de relativa poca cultura y escasamente acostumbrado a esa facilidad de expresión.

Nuestro protagonista definió su juventud como azarosa y poco afortunada, a causa de una serie de desgracias familiares y de lo precario de su estado económico, lo que no le impedía colaborar con cuantos le solicitaban ayuda por los más variados motivos. Pudo, incluso, permanecer en el Ejército, pero la necesidad de librar a su hermano menor del servicio militar obligatorio hizo que regresara a El Mingrano y contrajera matrimonio religioso mediante la fórmula del «breve» (casamiento sin muchos requisitos, hecho a deshoras y en la intimidad, e ideado por los párrocos para evitar la extendida costumbre de «llevarse la novia» y eximir a los más pobres de los usos ceremoniales y las celebraciones aparejadas a las bodas y, por lo tanto, prescindir de los gastos inherentes a ellos). Tuvo dos hijas, y a mitad de la década de 1960 se trasladó a vivir desde El Mingrano a Las Palas. Además, estuvo trabajando para una empresa industrial de Cartagena, auxiliar de la construcción, sujeto a una dilatada jornada de trabajo, y donde le sobrevino la crisis de la industria de mediados de la década de 1980, siendo despedido poco antes de su jubilación y no volviendo a trabajar como asalariado.

Pepe Egea nació y vivió buena parte de su vida en una época en la que todavía la influencia de la religión, y con frecuencia la pseudoreligión, era muy importante en la vida social, cuando no lo abarcaba casi todo, instituyéndose como el sentido primordial de la existencia, lo cual se reforzó tras la trágica Guerra Civil española y el triunfo de las tesis nacional-católicas de los vencedores de la contienda. El mundo rural (y cuanto más apartado, seguramente con más vigencia) ha tenido un sentido más tradicional de la vida que el mundo urbano, que, en general, es más cambiante y receptivo a las novedades y nuevas menta-

lidades. Recordemos que el contexto en el que se formó Pepe era de gran predominio del analfabetismo, con escasa cultura, y en tal ambiente las creencias ligadas a las supersticiones estaban muy arraigadas y poderosamente vinculadas a la religión.

Según manifestaba, Pepe Egea se consideraba una persona creyente y colaboradora de la Iglesia, llegando incluso a participar en los retiros espirituales para hombres al uso en su época (por ejemplo en el monasterio de Los Jerónimos en Guadalupe, Murcia), si bien no perdió su capacidad crítica con la institución eclesiástica, como entidad que consideraba gestionada por personas que tenían sus virtudes y sus defectos.

Sus principios en el mundo de la cultura musical de la tierra fueron previos a la Guerra Civil española, cuando formó parte, como tantos otros que se iniciaban de igual manera buscando el divertimento y la fiesta, de una improvisada cuadrilla juvenil en El Mingrano, en donde comenzó como guía o guión espontáneo (es decir, persona que canta repentizando los versos de las pascuas o aguilando) entonando las pascuas a imitación de los mayores, para conseguir de esa manera entrar en los bailes donde los niños tenían prohibida la entrada y, de paso, recibir algún donativo en monedas o en productos comestibles.

Aunque con la guerra desaparecieron temporalmente los rituales cuadrilleros, como en casi todos los sitios, al terminar aquella en 1939 se volvió a formar cuadrilla en El Mingrano, participando Pepe Egea en el toque de guitarra y fijándose en cómo improvisaba las coplas el guión local para, al año siguiente, repetir lo mismo. Fue al tercer año de terminada la guerra, con 19 años, cuando hizo de guión principal, sin más escuela que haberse fijado en el estilo, en las formas y clásicas maneras de improvisar los que le antecedieron. Desde este mismo comienzo *oficial* tuvo cierto éxito pues, gracias a su memoria (otra de sus cualidades sobresalientes), conocía y podía nombrar a todos los habitantes de su partido y sus familias, lo que le facilitaba mucho la labor de la improvisación, logrando «amontonar», es decir, meter en un mismo verso a varios parientes y amigos, para general satisfacción y mejor repercusión en la generosidad de las dádivas de los donantes. Sus firmes creencias religiosas y su conocimiento de las Sagradas Escrituras le auxiliaban también en la tarea didáctica en materia religiosa, a la que tan ligada ha estado siempre la labor de los rituales animeros. Además, en sus coplas solía hacer gala de un peculiar *saber estar*, con una mesura y un tacto exquisitos, no exento de comicidad o emoción según fuera el caso, que siempre ha distinguido a los más admirados y clásicos guiones de Pascuas. Estas cualidades, aumentadas con los años, las mantuvo hasta el final de su vida activa como guión, *oficio* que ejerció durante casi cincuenta años, puesto que, excepto en los años siguientes al citado y algún otro año suelto en que no pudo acompañar a la cuadrilla, primero por estar en el servicio militar y después por

el fallecimiento de su madre y su casi inmediato matrimonio, desde 1949 aproximadamente salió cada vez que pudo como guión, tanto en El Mingrano como dondequiera que fuera llamado, por ser conocida su disposición a colaborar con quien de buena forma se lo pidiera. Así ocurrió hacia mitad de la década de 1950, cuando, a petición del cura de Fuente-Álamo de Murcia, salió guiando varias veces con la cuadrilla de esa localidad, que estaba empeñada en recolectar fondos para construir una escuela en la aldea de El Espinar, objetivo que finalmente se consiguió.



Fig. 1. Pepe Egea ante la Virgen de la Luz en la Rambla del Cañar, Cartagena (19 de enero de 2003). Fotografía de Manuel Sánchez Martínez.

Ya hemos adelantado que Pepe Egea aprendió a ser guión observando cómo ejercían de tales personajes analfabetos de su comunidad, con capacidad de retentiva y de improvisación, pero también, con frecuencia, simples «rutineros», como se conoce en la jerga del folclore musical local a aquellos guiones que usan en exceso de muletillas o rimas ya hechas, más que de la verdadera improvisación. No obstante, se trataba de personas que eran continuadoras de una antiquísima tradición de repentización, de lejanos orígenes culturales en el tiempo, y que tuvo, y tiene, una vasta aceptación y seguimiento, especialmente en la zona del sur de la Región de Murcia que tratamos. Estas personas ejecutaban el *oficio* de la tradición cantando con la cuadrilla en situaciones ligadas a hechos religiosos o fomentadas por la religión. Era una manera didáctica de explicar, con toscos versos la mayoría de las veces, la liturgia, los hechos sagrados e incluso la visión que de ello ofrece la religiosidad popular, pero también cantando hechos sociales o situaciones concretas no necesariamente religiosas.

En cuestiones devotas, en no pocas ocasiones hemos podido apreciar a Pepe Egea cantar con esa *didáctica* litúrgica. Es decir, al estilo de los viejos guiones o troveros, que intentaban enseñar a la concurrencia, con el verso, los hechos sagrados a la manera de un maestro popular, lo que se explica teniendo en cuenta que su educación proviene de un tiempo de gran analfabetismo, donde la elocuencia, la pedagogía y sabiduría del mensaje oral debía calar en el auditorio menos formado, pero muy receptivo a tales mensajes.

Salvando las distancias, podríamos establecer una comparación de esta práctica con la de los pintores medievales, que decoraban los ábsides y las paredes de las iglesias con imágenes que interpretaban pasajes de textos sagrados, para que así pudieran ser visualizados por el pueblo analfabeto, haciéndole comprensible al menos parte del mensaje litúrgico.

Si bien Pepe Egea tomó ejemplo del hacer de personas de poca cultura, supo ampliar sus conocimientos con muchas lecturas, sus ganas de aprender y sus reflexiones, con lo que proporcionó un sello más culto a sus cantos. Y sin duda también influiría el ambiente trovero en el que se desarrolló su aprendizaje.

Como tantos otros en su época, Pepe Egea resultó fascinado por la magia de la improvisación y el trovo, arte para el que es preciso tener imaginación y alguna cultura. La afición al trovo y la versificación fue un escape cultural para personas de escasa formación en una época sin facilidades para estudiar, disponer de libros o acceder a los medios de comunicación. El trovo, al ser predominantemente oral, se podía percibir en directo por la masa de iletrados, aunque no supieran comprender bien su lenguaje o las palabras cultas empleadas. Los buenos troveros llenaron de admiración a las masas de seguidores que abarrotaban los locales de sus veladas y que no tenían posibilidad de acceso a textos escritos. Como la cultura de transmisión oral era casi la única, las gentes llegaban a

conocer de memoria algunos de los cantares de los más famosos troveros, o incluso aunque fueran versificaciones de personajes simplemente locales.

Para cuando Pepe Egea se estaba haciendo adulto, la obra de Marín y Castillo, con su reforma del trovo, ya estaba más que asentada en el imaginario popular y eso tuvo que influir poderosamente en la *culturización* de los guiones y troveros populares que escuchaban, más que leer, a los clásicos del trovo. Así, no fue extraño desde entonces oír a muchos guiones (incluido el propio Pepe Egea) cantar sus cuartetos intentando rimar en consonante dos a dos los versos impares y pares, al modo de los troveros cultos, cuando la versificación más popular y antigua rima únicamente los versos pares en asonante.

Pepe Egea se crió en ese mundo que reverenciaba la cultura trovera, de la improvisación, pero donde algunos también buscaban la literatura y la poesía, a la que no tenían acceso frecuentemente y que les proporcionaba la base necesaria para el trovo culto puesto de moda por los clásicos. Entre otras circunstancias, al destacar en esos aspectos, y poder hablar sin dificultad en público, nuestro protagonista se fue convirtiendo en una referencia para sus convecinos desde joven.

Asimismo, desde temprana edad se sumó a los actos de colaboración comunitaria que existían en su población, ya que, con una reminiscencia de antiguos hábitos comunales, en el semiaislado diseminado rural de El Mingrano, casi abandonado por la administración y poblado por gentes con escasos recursos, se practicaban usos cooperativos para la gestión del bien común, como la edificación de sitios públicos o la reparación de caminos.

Por ejemplo, gracias a la cooperación vecinal se construyó allí un casino cuando Pepe tenía una corta edad, pero posteriormente él pudo colaborar en la construcción de una escuela y una casa para los maestros, con el fin de que no tuvieran que desplazarse los niños a la localidad de Las Palas, distante unos 5 km. Los fondos se recaudaron con donativos recogidos durante los recorridos de Ánimas de la cuadrilla local, de la que Pepe Egea era guión de Pascuas, y los bailes subastados, pero también con aportaciones individuales. Al mismo tiempo, quien no pudo contribuir económicamente lo hizo aportando su trabajo personal. Años después, Pepe tendría ocasión de hacer contribuciones similares en Fuente-Álamo, donde fue requerido por el cura y los promotores para colaborar, también como guión de Pascuas, en la recogida de limosnas para construir una escuela en El Espinar.

Así, parte de su escuela social fueron esos usos cooperativos existentes en su localidad natal, El Mingrano, donde el esfuerzo colectivo de gentes mayoritariamente muy modestas se hacía por el beneficio común. Esos ejemplos de cooperación eran tanto más importantes por cuanto Pepe se hizo adulto en la aguda crisis de la posguerra, periodo donde la necesidad de la colaboración era imprescindible para resolver problemas colectivos.

Igualmente, ayudó durante más de treinta años llevando las cuentas en la Junta Local de Las Palas que gestionaba el cementerio de la localidad, y además, en cuantas ocasiones se le requirió o bien sin invitación alguna, en la organización de festejos o, en consonancia con sus creencias religiosas, en multitud de asuntos relacionados con la Iglesia local, y auxiliando a los curas en sus tareas, por costosa que fuera la misión, como la labor que emprendió ordenando y poniendo al día los libros de los enterramientos de Las Palas, que llevaban cuarenta años abandonados sin anotaciones, faena que realizó cuando estaba ya jubilado y que le costó varios meses de trabajo concienzudo.

Estas participaciones desinteresadas, cediendo su escaso tiempo a labores en búsqueda del bien general, fueron una constante en la vida de Pepe Egea, aunque era consciente de que con el cambio social estos usos iban menguando. En una entrevista Pepe manifestaba, irónicamente decepcionado, que: «personas, no ya para la Iglesia, ni para ninguna cosa comunitaria, que tengan voluntad para sacrificar un rato de ocio o su bienestar en beneficio común, de éstos se pueden contar [con los dedos de una mano]».

Nacido y criado en una época de costumbres determinadas, pudo vivir la evolución de los tiempos, aunque procuraba adaptarse a los acontecimientos con un criterio abierto, teniendo en cuenta que él mismo fue impulsor de algunos cambios: «las cosas de la modernidad han ido trayendo, no desengaños... los cambios imponen costumbres... Los tiempos mandan y hay que irse con el curso de los tiempos».

En este sentido Pepe Egea sirvió de transición entre los tiempos antiguos y los modernos en un periodo especialmente delicado, por ejemplo, para la supervivencia de los rituales tradicionales, cuando los cambios sociales, la emigración y los nuevos usos tornaban anticuadas algunas tradiciones, que quedaban arrinconadas y prácticamente abocadas a su desaparición.

Su ejemplo vivo fue referencia para las generaciones de jóvenes que comenzaron a interesarse por el folclore musical tras la Transición política española, a fines de la década de 1970, época en la que comenzó un resurgir del interés por las cuadrillas de Pascua o de Ánimas y otros grupos relacionados con la música tradicional.

Veamos ahora algunos ejemplos de sus iniciativas. Fruto de su empuje personal para adecuar arcaicos usos, fue el cambio del estribillo con el que la cuadrilla de Las Palas solía acompañar el canto del guión de Pascuas en Navidad, y que Pepe Egea consideraba anticuado y tétrico para la época que corría. En esto, nuestro personaje demostró ir con los tiempos cambiantes y que caminaban en paralelo a las nuevas corrientes renovadoras en la Iglesia, e incluso se adelantó a la pérdida de importancia *oficial* de las creencias ligadas al Purgatorio y su secuela anímera. El estribillo antiguo se refería como «Señoras» a las Ánimas Benditas:

Señoras, tristes rogamos,
amparamos las pobres almas
de nuestros padres y hermanos.

A partir de entonces pasó a ser, por invención de nuestro personaje, y con un tono de regocijo más festivo:

Cantemos con alegría
que viene el Niño Jesús
haciéndonos compañía.

Al mismo tiempo, sugirió que los músicos interpretaran unos compases antes y después de la música principal (para ayudar a iniciar y terminar el canto del guión), y también se substituyó el pesado cuadro de las Ánimas, que acompañaba la carrera de la cuadrilla, por una imagen del Niño Jesús en un cesto, mucho más llevadera.

En este caso, vemos cómo el mundo de la cultura tradicional, pese a lo que se pueda pensar, también evoluciona y tiene cambios, aunque sean menos estridentes que los de la *modernidad*. Podemos comprobar cómo, fruto de la iniciativa personal de los más capaces o de los que poseen más autoridad, esa tradición se puede modificar, lo que nos da una de las claves que explican la variabilidad propia de la cultura, y porqué cada lugar, aunque participando de unas costumbres de orígenes comunes, suele tener características propias que lo diferencian de los vecinos, aun de los más cercanos.

No obstante, fue más importante el cambio promovido por Pepe Egea en el uso, que llevaba desde muchos años antes practicándose, de elaborar listas con los donantes y la cuantía de sus limosnas, que hacían los colectores o mayordomos de la cuadrilla durante el recorrido petitorio de Pascua. Se daba el caso de que, por figurar en esa lista entre los más dadivosos, y así destacar entre sus convecinos, algunos hacían donaciones desproporcionadas con respecto a su capacidad económica real. Esa lista pública, al parecer, la impusieron los curas locales para frenar el excesivo gasto que hacía la cuadrilla en tabaco, comida y bebida, a cuenta de lo recogido de las dádivas, y así despejar dudas sobre la honestidad de los colectores, a los que, con frecuencia (así nos han asegurado que ocurría también en otros lugares), se acusaba de quedarse con parte de lo recaudado en su propio beneficio. El argumento de Pepe Egea fue que «eso no era cristiano ni democrático», ya que para él una limosna no era una cuota, sino la libre voluntad del feligrés, y proclamó que se debía confiar en la honestidad de los colectores, elegidos cada año por sus convecinos y que, en último caso, estaba él mismo para garantizar el buen fin de la recolecta.

Pese a las reticencias iniciales, el acatamiento de este cambio por parte de los vecinos, de significativa importancia ya que para el pueblo era una costumbre establecida, demuestra el ascendiente moral que Pepe Egea tenía sobre sus conciudadanos.

Esta autoridad se confirma por las palabras de uno de nuestros informantes (en las que se ha respetado la dicción original):

«Cuando se tersiaba de haser algún tipo de actividad: pedir, ofreser... lo que fuera, si se reunía la gente, y no hablaba Pepe Egea, nadie se atrevía a hablar y muchas veces se terminaba la reunión sin saber pa qué se había convocado. O sea que era imprescindible que Pepe Egea alsara la vos y dijera su opinión. Si él, solamente con su opinión, resolvía la mitad de los problemas del pueblo. Si Pepe Egea desía: “esto es aconsejable haserlo”, nadie era capás a desir: “No, no se hace”».

«Era muy oportuno a la hora de hablarle a cualquiera que había ido a la escuela mucho más que él. Era oportunísimo, para desir lo que prosedía en cada momento».

Además, su integridad ética y honestidad en los asuntos económicos lo llevaban a hacerse cargo de las cuentas de diversas asociaciones o juntas. Y si en algún caso había dudas o críticas a alguna tarea, Pepe Egea se sentía obligado a intervenir públicamente para dar garantías de honradez. Tal caso se dió cuando por el pueblo de Las Palas circulaba el rumor de que la cuadrilla local se convidaba a una merienda campestre, con un cordero incluido, a costa de lo obtenido con las limosnas de los feligreses recogidas en los recorridos de Pascua de la cuadrilla. Enterado, quiso atajar el rumor e intervino con una alocución en la misa dominical para indicar que mientras estuviera él presente en las actividades de la cuadrilla, tal cosa no ocurriría nunca, poniendo por garantía su rectitud moral.

En otra ocasión, hizo valer su palabra como portavoz del pueblo en asuntos religiosos ante el mismo obispo de Cartagena, entonces monseñor Azagra. Se había producido un duro desencuentro entre una parte de la feligresía y el párroco local de Las Palas, y el obispo había retirado al cura permanente, dejando para el servicio la visita dominical de un cura de Cartagena. Tras meses de conflicto, se gestionó una visita del prelado a la población y, con la iglesia llena, hubo un diálogo entre Pepe Egea y el señor obispo, que acabó con la reclamación de un cura estable, con el argumento de que el pueblo era digno de tener un cura que les atendiera y viviera allí. El obispo replicó que ésa era la opinión de nuestro personaje, pero que él tenía otra versión, a lo que Pepe contestó: «Señor Obispo, si ésa es su opinión, que sepa usted que a las ovejas descarriadas se les manda el mejor pastor». Algún tiempo después de este diálogo, el obispo volvió a enviar un cura para que residiera en la localidad.

Entre sus convecinos, pese a existir los lógicos detractores que tiene toda persona que destaque, existía el convencimiento de que Pepe Egea era capaz de

realizar cualquier labor que beneficiara a algún vecino, así como de que nunca pedía para él, sino para los demás. Asimismo, tenía una bien ganada fama de apaciguador de conflictos, ya que, según un testimonio: «Con Pepe no se podía enfadar nadie».

Por eso, fruto de esa bien conocida voluntad de servicio, y a pesar de ser un modesto obrero, por petición del alcalde de entonces (y según los usos del periodo franquista) fue concejal del Ayuntamiento de Fuente-Álamo entre 1964 y 1971, estando encargado de las quintas, entre otros menesteres.

EPÍLOGO

Pepe Egea, pese a su extracción social modesta, estar destinado a tener poca cultura y ser poco significativo socialmente, mostró cómo su esfuerzo y ansia por aprender lo hicieron superarse y adquirir un notorio carisma, llegando a ejercer una *autoridad moral* en la comunidad que se convertía en liderazgo, alzándose como la voz pública de sus convecinos por su sensatez, moderación y prudencia, lo que comúnmente era aceptado por el vecindario, especialmente en momentos conflictivos, como el caso del encuentro con el obispo o el de la supresión de las listas de donantes de la carrera de Ánimas de la Pascua. Este liderazgo moral es tanto más significativo por cuanto su imagen está muy alejada del típico cacique local, que podía hacer y deshacer por su dominio económico, mientras que a Pepe Egea, su *poder* le provenía de la legitimidad social que le otorgaban libremente sus convecinos, aunque ese liderazgo no le eximía de colaborar voluntariamente en los trabajos más modestos, como cobrar entradas en un festejo y, al mismo tiempo, estar siempre atento a controlar los dineros comunes. Toda esta ingente actividad social la desarrollaba teniendo familia y, durante un largo periodo, un trabajo fatigoso en un punto alejado de su localidad al que se desplazaba en autobús y que le exigía estar fuera de ella durante la mayor parte del día.

Nuestro protagonista habría estado destinado, de nacer en otro tiempo y lugar, a estudiar y ser otro tipo de persona *más importante*, en el significado económico del término; sin embargo, sobreponiéndose a las dificultades de su época, llegó a ser un hombre trascendental, en el sentido social, para su comunidad. Sin duda, fue todo un personaje a pequeña escala local.

Asimismo, la influencia personal de Pepe Egea era de tal calado que, cuando él se retiraba de algunas de las actividades que desarrollaba, éstas languidecían, cuando no desaparecían, aunque fuera temporalmente.

Pero, además, desde el punto de vista del investigador social, Pepe Egea era el entrevistado ideal, pues no sólo proporcionaba la relación de los hechos vividos, la etnografía de sus momentos históricos, sino que, gracias a sus capa-

ciudades reflexivas (él meditaba mucho lo que decía, y tenía una buena memoria que lo ayudaba en ello), ofrecía explicaciones e interpretaciones que ayudaban a comprender, desde el primer momento, fenómenos sociales del pasado y de su presente. Aspecto éste que suele tener sus dosis de complejidad, percibido desde el punto de vista externo, el del investigador, pero que tras escuchar a Pepe Egea se tornaba bastante más asequible.

José Egea Esparza, Pepe Egea, dejó una profunda huella en los lugares donde habitó y en las gentes con quienes trató, y no es raro que las personas se emocionen al hablar de él.

Buena prueba de ello es que, después de casi treinta años colaborando con la cuadrilla de Las Palas, y prácticamente retirado desde 1992 de la actividad festiva por condicionantes de salud y por la muerte de su esposa, el 23 de diciembre de 1995 fue homenajeado en un acto público masivo que sirvió de inauguración de la Casa de Cultura de Las Palas, donde asistieron las cuadrillas de los contornos, que cantaron en su honor como prueba del afecto que Pepe Egea despertaba en aquellos que lo conocían. En este acto se reconoció su larga y fecunda trayectoria personal en el ámbito de la cultura tradicional, que si bien apenas trascendió de su comarca más inmediata, en la misma tuvo una importancia esencial.

Pepe Egea falleció el 22 de diciembre de 2009.²

Como colofón y muestra del emocionado recuerdo que dejó, incluimos una décima que le dedicó su amigo y poeta de Las Palas, Crispulo Arroyo:

Buen poeta y buen amigo
tiene su sitio en la Historia;
que vive en nuestra memoria,
aquí al instante digo.
Yo, que por su senda sigo,
sí mi verso fruto da
con lo que rimando va,
mi mente mandar desea
un saludo a Pepe Egea
que en alto cielo está.

2 Como anexo visual, en la siguiente dirección de You Tube se puede ver un vídeo de Pepe Egea cantando un aguilando con la cuadrilla de Las Palas en la Ermita del Lagarto el 8 de diciembre de 1993: <http://www.youtube.com/watch?v=Nug_3npp0u8>.

